

DOMINGO III DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 9, 1-4): *Caminaban en tinieblas y una luz les brilló.*

Salmo (26, 1.4.13-14): *«El Señor es mi luz y mi salvación»*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 10-13.17): *Estad con un mismo pensar y sentir.*

Evangelio (Mateo 4, 12-23): *Seguidme y os haré pescadores de hombres.*

Es de noche en el escenario de la historia. Las tinieblas no dejan comprender, ni nos es dado calcular, cuándo llegará la aurora liberadora. Pero hay algunos hombres que con sus ojos penetran la oscuridad: son profetas de esperanza. Caminamos envueltos en una densa tiniebla. Tiniebla, que se define como una ideología que impone un orden injusto y lo justifica; es la mentira institucionalizada o estructura social en la que se apoya.

El sistema actual tiene una gran capacidad de someter todo bajo su dominio, son esos espíritus, según el Evangelio, que luchan por ocupar y esclavizar el corazón del hombre. Aquí radica su funesta peligrosidad: el poder, convertido en ídolo, no solo crea víctimas, sino que las legitima y da buena conciencia al opresor y al oprimido mediante los mecanismos de ceguera.

Nos produce “daltonismo” esa enfermedad que consiste en no percibir determinados colores o en confundir algunos que se perciben. El sistema capitalista solo detecta “el color del dinero” y, en consecuencia, desatiende todas las necesidades humanas que no estén respaldadas por su capacidad de pago.

Nos origina “falta de visión lateral”, como sucede con los conductores que han consumido alcohol o cualquier otra sustancia, ya que la obsesión por el crecimiento y la rentabilidad impide ver el enorme colectivo de víctimas que quedan a la vera del camino y que para el sistema solo son “daños colaterales”

Y también nos causa “miopía”, que impide distinguir con nitidez las consecuencias del largo plazo, debido a la obsesión por alcanzar resultados a corto plazo; tienen que alcanzar resultados “ya”, sin valorar las posibles consecuencias funestas para las generaciones futuras.

Ahora bien, los cristianos creemos que el poder, tanto político como económico, no tienen la última palabra; la última palabra la tiene nuestro Padre Dios, que en Jesús se nos revela como un Dios que camina con nosotros, actúa en nuestra vida y nos está dando señales de su presencia.

En esta tierra envuelta en tinieblas, símbolo del caos y de la muerte, surge de repente una luz, símbolo de la vida, de una nueva creación. Nos llega la presencia de Jesús: *«Ningún otro puede salvarnos, pues en la tierra no existe otra persona a quien Dios haya constituido autor de nuestra salvación»*. Esta es la fe a proclamar en nuestro mundo idólatrico. Pero, hemos de ser conscientes de que la proclamación de Cristo y su causa encuentran muchos obstáculos y resistencias. La cultura, que se está imponiendo a través de los medios de comunicación, llamada “cultura secularizada”, está desplazando la salvación en la vida eterna, y la coloca exclusivamente en esta vida terrena.

El gran dios de nuestra sociedad es el sistema económico tecnificado, que se presenta como el mesías, capaz de dar la felicidad y la salvación. Y lo realiza mediante el “consumo”, que se convierte en la religión de nuestra sociedad, pues *«donde está tu corazón, allí está tu dios»*. El consumismo posee un carácter fascinante, seduce y atrae con gran fuerza. Posee unas estructuras y un conjunto de mediaciones, que se pueden calificar como religiosas.

Así, el poseer y disfrutar se convierten en horizonte y meta que orienta y motiva el esfuerzo de cada día. Su gran profeta es la publicidad. Jamás ha existido un profeta tan poderoso y tan falso. Utiliza todos los medios de la técnica y de la psicología, y sus mensajes nos alcanzan en la calle, en los espectáculos y hasta en nuestras propias casas. Los fieles acuden a las nuevas catedrales comerciales, que viven su apogeo con ocasión de las grandes fiestas: Navidad, reyes, día de la madre, etc. Esta gran seducción del “dios tener” solo puede ser vencido por la seducción del amor del Crucificado.

Seamos lúcidos. Los ídolos, que tienen oprimido y secuestrado al pueblo, son los ídolos de siempre: el poder, el poseer y tener éxito, que van tomando diferentes formas, siempre formas atractivas. El evangelio nos dice que se presentan con “piel de oveja”. Son ídolos camuflados y que es preciso desenmascarar. Ídolos que, para legitimarse, crean su propia religión, que es muy peligrosa, porque es una religión “secularizada”; y su cultura es la cultura de la satisfacción, y que están generando una profunda ceguera y una alteración de la conciencia, que incapacita comprender otras alternativas que no sean el bienestar.

Ante esta situación, el reto que se plantea a la comunidad cristiana no es acusar a la gente de viciosa, es decir, no es el echar mano de la moral, aunque es necesaria, ya que se vive en un ambiente y contexto socio cultural que arrastra, a lo que hay que añadir que no tenemos tiempo para pensar y reflexionar para decirnos ¿qué estamos haciendo?

La propuesta es ofrecer a Jesús de Nazaret, tal y como se nos revela en los evangelios, y dirigirlo, en primer lugar, al corazón, es decir a ese lugar donde hoy se dan las grandes preguntas y están pidiendo respuestas.